

### ALBERDI \*

por el Académico DR. JORGE M. MAYER

Venimos hoy a rendir homenaje al más insigne de los hombres de estado de la República Argentina. El 19 de junio de 1884 fallecía en un sanatorio de Neully, en los suburbios de París, Juan Bautista Alberdi.

Caían las horas grises, melancólicas, su tempestuoso peregrinaje tocaba al puerto del destino. En los destellos de la agonía, se le aparecían las figuras de la infancia, el lejano Tucumán, el General Belgrano, los soldados de la Independencia, Tránsito, la hermana constante, la bendición del padre Thames, los amigos, Cané, Echeverría y Gutiérrez, los hombres honrados —Wheelwright, Borbon y Villanueva, Madame de Mendeville la inspiradora, las nostálgicas inclinaciones románticas, Lastenia Videla, Matilde Lamarca, Ignacia Gómez.

En una fantasmagoría heroica y brutal, veía desfilar los mártires de la joven Argentina: Bermúdez lanceado, Avellaneda decapitado, el calvario del Ejército Libertador, los porteños prepotentes, los bastos gobernantes provincianos, los hermanos caídos en los esteros del Paraguay.

La lucha había sido despiada, vigía en el alcázar, había cumplido su misión y había resistido los ataques sectarios. Ajeno a las facciones había enarbolado la verdad por encima de porteños y provincianos. A través de los odios y de los espejismos, había mostrado lo que podía hacer el hombre de estado, la inteligencia en las tierras de América, en tierras ariscas de poblaciones incautas y gobernantes erráticos.

\* Conferencia pronunciada el 27 de junio de 1984.

La fe y la esperanza habían sido más largas que las largas noches de la tiranía y del exilio y las brumas se habían abierto. Sus ideas se habían impuesto a los candombes saladeristas, al puñal de los degolladores, a los rémingtons de los pandilleros, había germinado en las pampas y en las sierras, habían disipado el alarido de los indios y el desafío de las lanzas, habían armado el país, lo habían unido, habían salvado su integridad y habían marcado el cauce de sus destinos esenciales.

Sus doctrinas rectoras han modelado la Argentina moderna y después de 140 años, se conservan hoy intactas. Han delineado las instituciones fundamentales y gravitan en todas las esferas. Cuando fueron aplicadas impulsaron el progreso de la patria y abrigaron la paz, cuando fueron violadas se precipitó al país en la decadencia y el caos, porque estaban afirmadas en la naturaleza de las cosas y en los grandes intereses nacionales.

Vasco y provinciano, la base fundamental de sus doctrinas es la definición del hombre americano como el europeo nacido en América. La soledad, el desierto, el bramido de las montoneras y de los malones, las aldeas incendiadas, los campos devastados, moldearon sus doctrinas con el espanto y el dolor de los sacrificios bárbaros. Veía en la aclimatación de las poblaciones europeas, con su cultura y su técnica, la ley capital y sumaria del progreso de las tierras americanas. Lo nacional en América era la civilización madre, arraigada en las planicies áridas y salvajes, su filosofía humanista y su cultura, la fraternidad y la tolerancia, la máquina y el arado, que darían sustento a las nuevas generaciones, en un mundo siempre inquieto.

De esta base se derivan sus doctrinas políticas y sociales, en la América de los desiertos infinitos, "gobernar era poblar".

Pariete de San Ignacio de Loyola, su misión fue la del intelectual, no mandó ejércitos ni acaudilló multitudes. Inflexible, buscó las fórmulas encerradas en los arcanos de la sociedad que permitían conciliar las rencillas aldeanas. Fijaba su tarea con claridad. "Yo he consagrado toda mi vida, es decir todos mis estudios, todas mis determinaciones de carácter político, a un solo objeto, que es el mismo que tuvo la revolución de América, a saber: la consti-

tución de un gobierno nacional independiente y libre, y mientras ese objeto esté sin realizarse, todo trabajo político, todo programa, todo gobierno que no se ocupe de realizarlo sale del sendero de la Revolución y pierde su tiempo”.

Esa vocación de predicador, empeñado en difundir los resortes elementales de las instituciones y de la economía no era fácil, porque contrariaba a menudo los intereses creados y los privilegios oficiales. Debió afrontar los odios astigmáticos, los agravios y las afrentas, pero no vaciló. Alguna vez dijo: “yo no he escrito para ser gobernador, ni presidente, ni ministro”.

Repetía que las dos condiciones que debían llenarse para lograr el progreso del país, el futuro de la América toda, eran el respeto por la libertad y la seguridad de sus habitantes. No podía haber libertad sin seguridad, como no podía haber seguridad sin libertad. No era una definición ideológica, sino la comprensión de una realidad dramática y ríspida, en las tierras rojas de la Confederación.

El hombre civilizado necesitaba de un clima de libertad, para desenvolver sus inclinaciones vitales, en el campo intelectual y en el campo económico. Pero la conquista de la libertad no era fácil, dependía de la cultura de los ciudadanos. La libertad no podía imponerse por la fuerza, sólo se la alcanzaba, como toda ciencia, como todo saber práctico, por un laborioso y paciente aprendizaje. Si las armas pudieron romper en las batallas de la Independencia las cadenas coloniales que vejaban a los pueblos, no podían darles de golpe, la capacidad y los hábitos republicanos. La ignorancia “no moría a sablazos”. Para dar a los pueblos la inteligencia y el hábito de gobernarse, eran indispensables “escritores, profesores, maestros de escuela, predicadores del Evangelio, sabios, industriales, comerciantes y agricultores”.

Tampoco podía el gobierno invocar el orden institucional para exterminar a los críticos y a los opositores, porque el gobernante no era la Patria, sino un mandatario pasajero. Observaba con ironía. “Respetar la libertad del que aplaude al gobierno, es un respeto que florece hasta en los gobiernos más tiránicos de África. Respetar la libertad del que lo ataca es un respeto que sólo conocen los gobier-

nos de Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, Suiza, es decir los gobiernos libres”.

Las iniciativas de los pioneros, el trabajo de los hacendados que poblaban los campos y de los promotores de las nuevas artesanías, que elevaban el nivel de vida de los pueblos, debían ser permanentemente alentados y protegidos. Rompía con el regalismo colonial, el Estado patrón y empresario, de Madrid y Sevilla, los monopolios y los abusos fiscales. Quería devolver al esfuerzo personal su jerarquía, porque el progreso de los pueblos dependía de las iniciativas de las minorías instruidas y enérgicas, capaces de mover las ruedas de la producción. “Las riquezas de las naciones son la obra del pueblo, no de su gobierno. Todo lo que el gobierno puede hacer para ayudar a la Nación a enriquecerse, toda su economía política, es decir la economía del gobierno, está encerrada en tres cosas simples, que son todo lo que la Nación necesita del gobierno para enriquecerse a sí mismo, a saber: libertad, seguridad, tranquilidad”.

Por el camino de la libertad buscaba el fortalecimiento, el enriquecimiento del país, devastado por los gobiernos arbitrarios, la pobreza, la ignorancia y las enfermedades. Sólo así podía mejorar el nivel intelectual y moral de los pueblos. La pobreza conllevaba, en cambio, los vicios que le eran inseparables “una sociedad empobrecida no es a menudo sino una sociedad desmoralizada”.

Con ese propósito quería que la juventud fuera educada en la vida industrial, instruida en las ciencias prácticas y que olvidara por un tiempo, los entusiasmos literarios y románticos. El hombre sudamericano debía ser adiestrado para vencer al desierto y al atraso, ese era su destino fundamental. Las industrias actuarían, además, como un derivativo, porque las poblaciones dedicadas a esos trabajos desdeñarían las perturbadoras pasiones políticas.

Aclaraba, sin embargo, que los instrumentos económicos eran medios y no fines. Afirmaba que la Constitución consagraba la preeminencia de los valores espirituales. “La riqueza no es para ella el fin, sino el medio más eficaz para cambiar la condición del hombre argentino, que al presente peca especialmente por la pobreza material. La Constitución no intenta hacer del país un mercado, de la Re-

pública una Bolsa de Comercio. Toma al país como es, por la obra de Dios, con sus necesidades morales a la vez que físicas. No es el materialismo, es el espiritualismo ilustrado lo que nos induce a colocar los intereses económicos, como fines de primer rango en el derecho constitucional argentino”.

La segunda de las condiciones era la seguridad de los habitantes. Había presenciado en el lejano Tucumán, los atropellos de los caudillos locales y en el Río de la Plata las ejecuciones a lanza, los rugidos de la mazorca y las masacres con cuchillo mellado de Rosas.

La seguridad de los ciudadanos, la seguridad de sus derechos y de su buen nombre era el pensamiento que lo obsesionaba. La seguridad individual era el símbolo de la civilización y uno de los factores indispensables del progreso. El suelo sin seguridad, era tierra sin valor. “Donde falta la seguridad es ridículo hablar de población, de colonización, de inmigración. La inseguridad es la barbarie genuina y neta. Ella despuebla el territorio, estrecha sus fronteras, achica y disminuye el país. Todo el secreto, todo el talismán prodigioso que envuelve a los Estados Unidos y agranda sus fronteras, consiste simplemente en la seguridad”.

El encono de los principales grupos localistas lo persiguió implacablemente, por dos motivos neurálgicos, el primero a causa de sus críticas al motín del 11 de septiembre de 1852, tramado con el fin de retener en sus manos el monopolio de la Aduana, que costó diez años de sangre, y el segundo por su oposición a la guerra contra el Paraguay que costó la vida de otros 30.000 argentinos y desembocó en los ominosos tratados de Cotegeipe. La verdad suele ser la peor afrenta, sus adversarios nunca se lo perdonaron, sabía que no podía volver al Plata sin ser asesinado una noche de una puñalada, como Florencio Varela.

Su destino era angustioso, debía permanecer exiliado en Europa, para escribir libremente. “He vivido veinte años en el corazón del mundo más civilizado y no he visto que la civilización signifique otra cosa que la seguridad de la vida, de la persona, del honor, de los bienes. La civilización no es el gas, no es el vapor, no es la electricidad, como piensan los que no ven sino su epidermis. La civilización no es tampoco el gran rendimiento de las Aduanas, ni se mide

por las tarifas. De otro modo la Turquía sería más civilizada que la Bélgica, el Egipto que la Suiza, la Habana que Chile. La civilización política de un país está representada por la seguridad de que disfrutaban sus habitantes, su barbarie consiste en la inseguridad, o lo que es igual en la ausencia de la libertad de ser desagradable al que gobierna sin riesgo de perder por eso su vida, su honor o sus bienes, como culpable de traición al país”.

Al final de su vida recordaba las persecuciones de que había sido víctima y recalca el valor de la seguridad para el desenvolvimiento de la vida intelectual. “Yo no soy más que otro argentino en cuanto a capacidad o instrucción. Si mis escritos han tenido algún éxito, lo deben a la libertad con que los he pensado, redactado y publicado, al favor de la seguridad que me dio mi residencia en países extranjeros. Esta es la gran lección que surge de mi vida, a saber: que no puede haber ciencia, literatura, sin completa libertad, es decir, sin la seguridad de no ser perseguido como culpable por tener opiniones contrarias al gobierno y a las preocupaciones que reinan en el país”.

La libertad y la seguridad eran los pilares del futuro progreso argentino, de su riqueza y de su elevación intelectual y moral. Su respeto hacía florecer las virtudes, su transgresión llevaba al caos y a la miseria. Confiaba en el futuro, en las nuevas generaciones, la verdad y el tiempo le darían la razón, según sus palabras: “Seré vengado sin ejercer venganza”.

El mayor mérito de Alberdi, después del fracaso de las constituciones de 1819 y 1826, fue proponer la fórmula de un federalismo que se ajusta a las condiciones sociales y satisfacía las ansias de orden y progreso del país. Parecía imposible lograr un equilibrio entre los derechos de las provincias y las exigencias de un poder central fuerte y lo fue por muchos años, a causa de las celosas resistencias de los núcleos portuarios, empeñados en conservar el dominio de “sus ventajas peculiares”. Alberdi corrió el velo que ocultaba la naturaleza real de los conflictos, a menudo disfrazados por las proclamas militares y las arengas parlamentarias. Penetró al fondo y denunció que no se trataba de diferencias ideológicas, sino del choque de turbulentas corrientes de intereses.

Cuando Sarmiento sostenía que la clave de las guerras civiles era la lucha entre la civilización y la barbarie, Alberdi señalaba que la verdadera clave se encontraba en la lucha entre los porteños y provincianos, por la posesión de la Aduana y del puerto, que era la principal fuente de recursos en esos años.

El llamado federalismo era un mito, la realidad era muy distinta. Ni Rivadavia había sido unitario, ni Rosas había sido federal. Difícil hubiera sido colocar entre los unitarios o los federales a los Generales Las Heras, Martín Rodríguez, González, Balcarce, Viamonte, Guido, Paz y Lavalle o a los Gobernadores Quiroga, Estanislao López, Juan Bautista Bustos, Ferré, Heredia y Berón de Astrada y nadie creía en esos lemas.

Alberdi, defensor pertinaz de los intereses de los pueblos del interior, conocía el drama desde su infancia, había escuchado en la casa de sus padres, en el juvenil Tucumán, las quejas contra los monopolios virreynales del puerto, las licencias reales, los estancos, los privilegios de los chapetones, comerciantes, tenderos y corredores, las gabelas y las sisas que imponían al paso de las mercaderías, que llegaban de ultramar o a los frutos de la tierra que se exportaban en los bergantines portugueses y británicos.

Los desplantes de los caudillos provinciales eran episodios incidentales. Lo fundamental y constante era el choque de los intereses portuarios de Buenos Aires, con los intereses de las provincias "los trece miserables ranchos", que repudiaban con desprecio, los prohombres del separatismo porteño, fastidiados por sus reclamos.

Definió con claridad magistral, el sentido de los sucesos, las grandes corrientes que atormentaban al país. Rosas no era un maniático que se entretenía en degollar por placer a sus adversarios, antes de almorzar. Era muy serio, era el representante vigoroso y resuelto de los grandes negocios porteños, de los saladeristas y tenderos, de los acopiadores, barraqueros, corredores y prestamistas radicados en el puerto.

"¿Qué era el rosismo? se preguntaba y respondía, es la suma del poder público de toda la Nación concentrado en Buenos Aires, asiento del gobierno de Rosas, por la suma

de los recursos e intereses económicos y financieros de toda la Nación, puerto, comercio, Aduana, Tesoro, crédito, mercado, inmigración, tráfico exterior, opulencia. Derrocar y cambiar ese estado de cosas en el sentido nacional o de igualdad y justicia en la distribución de los intereses de la Nación, fue el objeto que tuvo en vista la campaña coronada en Caseros, el 3 de febrero de 1852. Reponer y restaurar el estado de cosas que Rosas representó por veinte años, fue el sentido y el objeto de la revolución del 11 de septiembre de 1852, operada por Buenos Aires contra el vencedor de Rosas. Rosas representaba el interés local de Buenos Aires sobre las provincias en materia de comercio, de finanzas, de navegación. Esto era lo esencial, las crueldades eran lo accesorio.”

Naturalmente que si esa política enriquecía a un pequeño grupo de traficantes del puerto ligados al gobierno, hundía en la ruina a las economías provinciales y causó el estancamiento del país.

Allí se encontraba la clave de las guerras civiles, Buenos Aires era una ciudad puerto, movida por la mentalidad y los intereses característicos de las sociedades portuarias, con sus raíces fenicias. Dominada por un determinismo geográfico y fiscal, obtenía enormes ganancias del monopolio del tráfico ultramarino, de las exportaciones de los cueros y de las carnes saladas, de la importación de la quincaillería que despachaban las tiendas y de los negocios de intermediación, y no quería abandonar esas gangas por injustas que fueran. Los resortes eran visibles. “Gran parte de la sociedad de Buenos Aires que acostumbra a vivir con el apoyo del Tesoro de la Provincia, recibido en forma de sueldos militares y civiles, pensiones u otros títulos, se opone naturalmente a la existencia de un tesoro nacional que debe disminuir en dos o tres millones anuales el de la Provincia que les da su subsistencia. He ahí la razón porque resistió la Constitución unitaria de Rivadavia y resiste hoy la Constitución federal del General Urquiza”.

Por la famosa ley del embudo, que absorbía las riquezas de la Confederación, Buenos Aires controlaba el comercio exterior, percibía los derechos de la Aduana, que pagaban los provincianos y traficaba las divisas, cobraba a los barcos compradores los cueros en libras esterlinas, pero



pagaba a los productores del interior con su papel moneda devaluado, el negocio era redondo.

La exasperación de las provincias crecía y por esa causa se alzó en armas el General Urquiza en 1851 y se pronunció el General Roca en 1880. “De cinco millones de duros que los argentinos pagan cada año en contribuciones de Aduana al Tesoro local de Buenos Aires, dos millones bastaban para el gasto público de esa Provincia. El resto es dilapidado entre los cómplices y explotadores de ese desorden, de este modo los habitantes de las provincias, como los indios tributarios de Bolivia entregan el fruto de su sudor a Buenos Aires, para que esta provincia haga caminos de hierro, vista su ejército de guante blanco, lo arme de fusiles rayados y lo emplee en nombre de la civilización contra los argentinos que tienen la osadía de reclamar lo que les pertenece. Eso es un robo, como sería si Burdeos arrebatase a la Francia las rentas de la Aduana que los franceses pagan en su puerto, si Nueva York arrebatase a los Estados Unidos las rentas de la Aduana pagadas en ese puerto”.

Después de Pavón— el desquite de Caseros —Alberdi denunció enfáticamente la política egoísta y ciega que volvía a teñir de rojo los campos con las lanzas de los procónsules orientales y que naufragaría en un mar de sangre en la guerra contra el Paraguay. Pero lentamente las provincias se recobraron, agrandaron sus fuerzas bajo las presidencias de dos provincianos Sarmiento y Avellaneda, y el General Roca uno de “los malditos tucumanos”, abatió momentáneamente con sus chinos, el monopolio porteño, en los combates de Barracas y Puente Alsina los días 20 y 21 de junio de 1880.

Hasta la presidencia del General Roca en 1880, el presupuesto de la Provincia de Buenos Aires era cinco veces mayor que el presupuesto del gobierno nacional, en el puerto cundía el lujo y el boato, los teatros y las salas de esparcimiento, mientras que las provincias vegetaban con sus riquezas naturales ahogadas por el polvo de los desiertos, sin escuelas, sin medicamentos, sin posibilidad de comerciar sus frutos, arrastrándose en carretas que se eternizaban en las huellas seculares.

Alberdi había señalado, con insistencia, que la ubicación de la capital, en el esquema que proponía, era la piedra angular del régimen político y de la unidad nacional. Primeramente aconsejó en las *Bases* de 1852, que la capital se instalara en la ciudad de Buenos Aires, por su mayor cultura y sus comunicaciones con Europa. Luego de la rebelión del 11 de septiembre, comprendió que los porteños jamás cederían su ciudad para capital de la República, porque implicaba la pérdida del monopolio de la Aduana y del comercio exterior. Impresionado por ese irreductible localismo sugirió en 1856 que la capital se trasladara al Paraná.

Fue una de las etapas más lancinantes de su prédica porque hería en lo vivo los intereses de los grandes grupos comerciantes del puerto y estos reaccionaron con una irrefrenable indignación.

Luego del triunfo del General Roca, Alberdi, otro de "los malditos tucumanos", creyó que el conflicto estaba resuelto y escribió "La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital", con ímpetu y gozo, al fin había caído la ciudad metrópoli, heredera del régimen virreynal y quedaba desbaratado el monopolio de las rentas y del comercio exterior, liberadas las provincias.

Los provincianos reanimados supusieron también que habían quebrado definitivamente el dominio porteño con la conquista de Buenos Aires y la nacionalización de la Aduana. Fue una ilusión, se equivocaban. Buenos Aires los conquistó a su vez paulatinamente con su lujo, su cultura y las seducciones de sus riquezas. El gran Buenos Aires creció vertiginosamente hasta llegar a ocho millones de habitantes, de todo origen y se convirtió en un monstruo macrocefálico, la cabeza de Goliat que monopoliza de nuevo la vida económica del país.

La filosofía inmediata del viejo rosismo subyace en los principales círculos. La República está aún dividida en dos sectores, uno opulento y otro que se debate en la pobreza y muchas veces en el hambre. La producción se detiene y cunde el desaliento. El gobierno nacional de Buenos Aires ha despojado a las provincias hasta de sus riquezas entrañables, como el petróleo, el gas y el uranio. Con

500 mil desocupados la Patagonia permanece desierta y las islas del sur están peligrosamente comprometidas.

Para reorganizar eficazmente al país, para fortalecer la unidad nacional, para que la Constitución sea una realidad en beneficio de todos, para sanear la sociedad, como quería Alberdi, es urgente replantear el problema de la capital a fin de lograr un equilibrio arquitectónico, homogéneo y solidario del país. Este problema es el más apremiante porque de su acertada solución depende el restablecimiento político y económico, el futuro todo.

Es así indispensable trasladar una capital, fuera de eje, onerosa y militarmente indefendible, al centro geográfico por dos motivos. El primero para que desde allí irradie simétricamente su acción civilizadora y pueda distribuir los recursos, con equidad, a todos los rincones del suelo nacional. El segundo para cambiar el clima y librar al gobierno de la influencia abrumadora de los intereses mercantiles, buenos o malos, del puerto que hoy nublan la vista de los mejor intencionados. Hay que seguir el ejemplo de Washington y Nueva York, Brasilia y San Pablo. La política debe mantenerse alejada de los negocios, puesto que su conjunción es siempre desastrosa. Mientras que la capital se mantenga en Buenos Aires no habrá resurrección.

La defensa de la paz de los pueblos y de los fundamentales intereses nacionales, le trajo graves disgustos. Sus súplicas contra la guerra del Paraguay "la guerra monstruosa" como la llamaba Gutiérrez, movieron a los grandes responsables a calificarlo, con saña, de traidor. Pero sus voces de alarma fueron implacablemente confirmadas por los hechos. Zeballos los señala con severidad. "La Triple Alianza desastrosa moral, diplomática y financieramente nos hizo perder la situación normalmente aliada en el Uruguay, substituida trágicamente por hombres adictos al Brasil, produjo la desmembración argentina en el Chaco en una extensión de 30 mil leguas cuadradas de rico territorio y en la Patagonia, donde la diplomacia brasileña prestó ayuda decidida a Chile hasta 12 mil leguas, fue un desastre nacional".

Alberdi hizo el balance objetivo de la aventura. "Si mis escritos hubieran obtenido todo lo que buscaban, ¿qué hubiese sucedido? Que hoy vivirían 30 mil argentinos en-

terrados en esa guerra que nunca debió tener lugar. Hoy contendría el tesoro cincuenta millones aplicables a mil útiles empresas de mejoramiento material. El país no conocería el cólera ni el vómito negro; vivirían las víctimas que han hecho esas epidemias traídas por la guerra; el Paraguay sería paraguayo en vez de ser brasileño; la República Argentina tendría ese aliado de su raza; los archivos públicos no habrían necesitado quemarse, ni los trofeos de la gloria argentina reemplazados por los del Paraguay”.

Fue el crimen de la guerra en toda su desnudez. “La gloriosa campaña de tres meses, se transformó en un infierno de cuatro años. El Paraguay talado, los hogares incendiados, la población aniquilada, jóvenes, viejos, mujeres y niños. Los pocos sobrevivientes víctimas del hambre y de las enfermedades, sangre y dolor, lágrimas y rencores fueron el ejemplo de los males inferidos por la Alianza Imperial, a todo un pueblo del Antiguo Virreynato.”

No era todo, hasta el final fue aleccionador. “Que la Francia pague su derrota (de 1870) con dos provincias se comprende; pero que la República Argentina pague su victoria con la desmembración de su suelo, es novedad que el mundo debe al talento militar y político de los gobernantes argentinos.” Otra prueba de la habitual falta de rumbo de nuestra diplomacia.

Distinguía sin embargo, con claridad, los gobernantes obnubilados de los soldados que eran sus víctimas. “La gloria del soldado se encierra entera en el desempeño heroico y leal de su mandato militar, por absurdo e injusto que el objeto de su desempeño fuere. No responde el militar del error del político. Un mismo acontecimiento puede a la vez valer al ministro que lo decreta un presidio y al soldado que lo lleva a cabo una estatua. En una palabra, la guerra puede ser el crimen del hombre de estado y la virtud gloriosa del guerrero. Condenando los autores de la guerra del Paraguay podemos coronar de honor a los soldados que la han hecho.”

En tiempos bravíos fue un alto ejemplo de rectitud intelectual y de moral cívica, no lo doblegaron las tentaciones del General Rosas, ni las riquezas y los aplausos, ni las persecuciones mezquinas y las amenazas de muerte, nunca transó ni abatió sus banderas, como un vidente pro-

siguió su prédica, porque sabía que de ella dependía el futuro feliz de una patria, pobre y desierta, resquebrajada por los odios y las ambiciones.

Larga y áspera fue la lucha del infatigable tucumano, pero venció, logró inculcar en el espíritu nacional sus grandes doctrinas, el valor de la civilización europea, de la libertad y de la seguridad de los ciudadanos, la necesidad de trazar orgánicamente la geografía institucional de la patria. Su exilio, su ejemplo y sus sacrificios fueron fecundos y nos iluminan el camino.

La República atraviesa una inmerecida y devastadora crisis, en una compleja posición internacional y con la soga de la deuda externa apretada en la garganta, hay que volver hasta 1820 para encontrar un cuadro parecido.

Pero no hay que desesperar, el país no está perdido, los remedios están dentro de nosotros en la paz, el trabajo persistente y fecundo, una cuidadosa administración y una severa austeridad en los gastos. Las doctrinas de Alberdi que fueron las palancas de un progreso asombroso, conservan su eficacia intacta y por eso le brindamos aquí este emocionado recuerdo de gratitud.